

JUAN BARROS

**A**LLA POR DICIEMBRE del año pasado, al entrar por primera vez al pasillo de los vendedores de cartillas del Hipódromo Chile, vi en una de las cajas una cabeza que me era conocida: la de Juan Barros. Me sorprendí un poco, pues hasta ese momento había creído, tal vez con un poco de vanidad, que el único escritor que vendía cartillas era yo. Pero, por lo visto, no era así.

Yo venía de la cancha y no era amigo, ni siquiera conocido, de Juan Barros. Sólo una vez, incidentalmente, había hablado con él. Sabía que había escrito varios libros y que los dos últimos, "La María Grande" y "Don Linde", habían sido editados y vendidos por él mismo. A la salida de los trenes, en las estaciones Mapocho o Central, se le vió durante algún tiempo, con un paquete de libros bajo el brazo, ofrecer y vender su producción. Tenía muchos amigos y su conversación, muy jovial, muy chilena — en el sentido noble de la palabra — atraía a la gente. Me han dicho que también vendía sus libros en su caja de cartillero. Después de hacer la cartilla que se le pedía, ofrecía al asombrado cliente un ejemplar de "Don Linde" o de "La María Grande".

En los ardientes días del verano, al volver del almuerzo los días sábado, lo veía sentado en su caja, con la cabeza reclinada sobre la máquina de hacer cartillas. Parecía repesar o dormir o tal vez sentía ya el trabajo de la enfermedad que acaba de matarlo. Más tarde, a las siete o las ocho horas, en que el trabajo se hace pesado para el cartillero, lo encontraba a veces en el pasillo por donde se pasaba, respirando ampliamente. Un día que pasé a su lado me dijo:

—¿No le parece una brutacada que yo, que soy escritor, esté aquí haciendo cartillas?

—Es un trabajo duro — este también es un trabajo en el que hay que escribir.

Me celebró, aunque de malas ganas, el chiste. Un día, un joven empleado del desarrollo le dijo, al verlo quejarse:

—¿Por qué se queja tanto? Manuel Rojas está ahí, haciendo cartillas, y no se queja.

Yo estaba cerca y oí la respuesta. Juan Barros se quedó callado. Segundos después oí que me golpeaban la puerta de la caja. Me di vuelta y vi sus ojos claros, su rostro lleno de simpatía y de cordialidad humana. Me dijo, en voz baja:

—Compañerito: recién vengo a saber quién es usted.

Me miró durante un rato y después exclamó, entre irónico y triste:

—¿Qué le parece!

Me encogí de hombros, sonriendo. ¿Qué me iba a parecer? Nuestras vísceras y las de nuestros hijos tienen apremiantes necesidades, y menos mal si podemos satisfacerlas vendiendo un poco de nuestra actividad muscular o mental. Hay seres que deben vender cosas más preciosas, y aún hay algunos que se sienten felices vendiéndolas.

Días después, en un momento en que había pocos clientes que atender, vino a hablarme:

—Compañerito — me dijo — estoy escribiendo (o pienso escribir) la novela de un hombre que tiene dos mujeres, una en un pueblo y otra en otro, y se siente feliz con las dos. ¿Qué título le pondría usted?

Le contesté que lo pensaría; pero no alcancé a decirle el título que había pensado. Una semana después nos llegó la noticia de su enfermedad; parálisis o algo así.

Y ahora nos llega la de su muerte.

En la larga fila de los vendedores de cartillas de la Secretaría del Hipódromo Chile, en cuyo extremo izquierdo el Gato Soto aturde a veces a los clientes hablándoles en italiano, en árabe o en alemán, hay ahora un hueco: el de Juanito Barros, escritor y vendedor de cartillas. ¡Dios tenga piedad de él! y de nosotros...

1939 Manuel ROJAS.